

dose en ello: tiene el discurso once años largos y todavía es utilizable como fuente de sanos y útiles conocimientos.

No sigo exponiendo los cargos que á Pi se encomendaran. Me basta decir, y ello es un rasgo de su carácter, que no era de los solicitantes, sí de los solicitados. Ni he de decir una sola palabra de cómo cumplía sus deberes en estas circunstancias: siendo lo que era, en todas partes dió gallardas muestras de su poderosa inteligencia y de su inagotable voluntad. Y callo también, por sobrado conocida, la merecida fama que tuvo como clínico en el buen sentido de la palabra, es decir, á la moderna, con muchas ideas teóricas y muchos conocimientos experimentales. Constituía un excelente médico consultor y habrá tal vez quien le iguale no quien le supere, en clarividencia y en precisión diagnóstica.

En medio de esta atmósfera científica, Pi, ya lo he dicho, como otros grandes hombres, gustaba de los espectáculos, hasta de los espectáculos infantiles: su cara seria, su aspecto reflexivo, no eran obstáculos á la risa más franca; á las veces parecía, de puro alegre, juguetón y animado como un niño.

Y en esa misma atmósfera científica, que era su medio normal, dejaba entrar algún espíritu travieso, y á solas con él se burlaba de muchas gentes y hasta tenía sus ribetes de sarcástico. De sus concepciones epigramáticas no se libraba nadie, y mucho menos los que se conceptúan más intangibles. Un período mal construído, un galicismo, una idea científica que no le gustara, le servía de pie para un calificativo *sinapizante*. Sin darse cuenta, era hombre de *frases*, á las veces cruentas; si este fuera momento oportuno, habría de referir algunas como ejemplo, ya dichas al oído en las largas sesiones de muchos años de exámenes, ya escritas en un papel cualquiera, ya estampadas en las obras que á la sazón leía. Con el nombre de *gazapos científico-literarios* designaba una interminable serie de pensamientos, recogidos en el Claustro mismo; en ratos de buen humor contábame la *nueva cosecha* y á fe que allí quedaban, á pesar de la toga muy al desnudo, algunos eminentes. Omito lo mucho que sé sobre este asunto. También figuré en su lista: uno de mis gazapos, en el cual me afirmo más cada día, era el admitir el contagio del paludismo.

Este era Pi en toda la plenitud de su desarrollo, en el período en que reinan como señoras su inteligencia y voluntad. Era á la sazón un equilibrado: como sensible, gozaba franca y llanamente de las satisfacciones honradas, daba á su alma, como decía Voltaire, sin violencia alguna, todos los modos posibles; los dolores no eran ni muy intensos, ni muy persistentes, y como Goethe, se consolaba de los grandes quebrantos, de la muerte de un hijo, entregándose al estudio; como inteligente, supo encauzar sus energías en determinado sentido, laborando en un campo pero con labor profunda y detenida; como volitivo, obedecía á motivos y llegaba á fines justificados.

Este equilibrio, en tan exuberante personalidad, tenía como